

TIERRAS ROJAS

JOE ABERCROMBIE

Traducción de Javier Martín Lalandá
Revisión de Manu Viciano

RUNAS

Título original: *Red country*

Publicado originalmente en inglés por Gollancz, un sello de Orion Publishing Group, Londres.

Primera edición: Mayo de 2026

Mapa: © David Senior

Copyright © Joe Abercrombie, 2012

© de la traducción: Javier Martín Lalandá, 2013

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

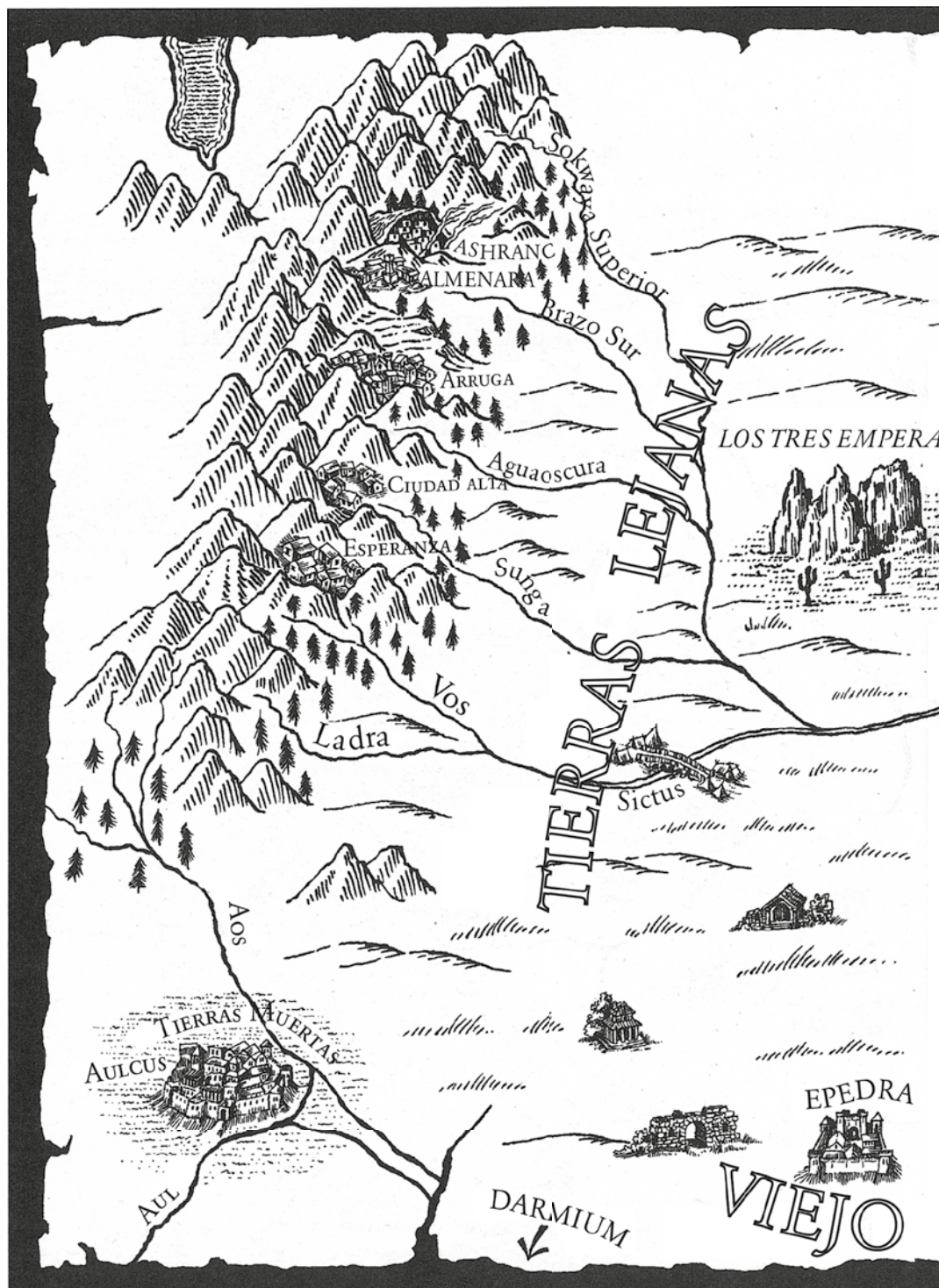


ISBN: 979-13-7009-263-4

Depósito Legal: M-3186-2026

Printed in Spain

*Para Teddy y Clint Eastwood,
pero, como supongo que a Clint le da bastante igual,
más para Teddy.*





I. Problemas

«A vosotros, que juzgáis a los hombres por la empuñadura y por la vaina, ¿cómo podré enseñaros lo que es una buena hoja?».

Jedediah M. Grant

Menudo cobarde

—Oro. —Langor hizo que la palabra sonara a misterio irresoluble—. Vuelve locos a los hombres.

—A los que aún no lo están —dijo Milde, asintiendo.

Estaban sentados delante de la Casa de la Carne de Stupfer, cuyo nombre quizá sonara a burdel, pero en realidad era el peor sitio para comer en ochenta kilómetros a la redonda, y eso que la competencia era feroz. Milde estaba encima de los sacos que llevaba en su carreta, y Langor encaramado a la valla, donde siempre, como si se le hubiera clavado tal astilla en el culo que no pudiera moverse de allí. Observaban a la muchedumbre.

—Vine aquí para alejarme de la gente —dijo Langor.

—Y mírate —asintió Milde.

El verano anterior, una podía pasarse el día entero en el pueblo y no ver ni a dos personas desconocidas. Podía pasarse varios días en el pueblo y no ver ni a dos personas, sin más. Pero unos pocos meses y el descubrimiento de oro podían cambiarlo todo. En esos momentos, Tratojusto estaba lleno hasta sus desgastados topes de audaces pioneros. Todo el tráfico iba en una dirección, al oeste, hacia riquezas imaginadas; una parte embestía hacia delante tan rápido como se lo permitía la aglomeración, otra, se detenía para contribuir al comercio y el caos. Las ruedas de las

carretas chirriaban, las mulas rebuznaban, los caballos relinchaban, las ovejas balaban y los bueyes mugían. Hombres, mujeres y niños de toda raza y condición se sumaban con generosidad a los balidos y mugidos en todos los idiomas y estados de ánimo. Podría haber sido un espectáculo de lo más colorido si la polvareda dominante no redujera todos los tonos a la misma gris ubi-cuidad de la mugre.

Langor dio un ruidoso trago a su botella.

—Hay mucha variedad, ¿no te parece?

—Todos decididos a llevarse algo a cambio de nada —asintió Milde.

Todos enloquecidos por la esperanza. O la codicia, según la fe en la humanidad de quien se detuviese a mirarlos, que, en el caso de Milde, distaba mucho de abundar. Todos embriagados por la posibilidad de llegar a un embalse helado, allá en la gran desolación, y pescar en él una nueva vida con ambas manos. Por la posibilidad de abandonar su rutinaria existencia en la orilla, como piel mudada, y tomar un atajo hacia la felicidad.

—¿Te tienta irte con ellos? —preguntó Langor.

Milde apretó la lengua contra los incisivos y escupió por el hueco entre ellos.

—A mí no —dijo.

Si lograban cruzar con vida las Tierras Lejanas, era más que probable que pasaran el invierno metidos hasta el culo en agua helada, sin desenterrar nada más que fango. Y, aunque su pala terminara chispeando, ¿entonces, qué? Tampoco era que la gente rica no tuviera problemas.

Hubo un tiempo en el que Milde pensaba que podría llevarse algo a cambio de nada. Que mudaría la piel y se marcharía con una sonrisa. Pero a veces el atajo no llevaba hasta donde una quería, y para colmo cruzaba territorio sangriento.

—Solo el rumor del oro ya los vuelve locos. —Langor echó otro trago que hizo bambolear la nuez en su cuello flacucho, y observó a los dos aspirantes a prospector que forcejeaban por llevarse el último pico que quedaba en un puesto mientras el

propietario intentaba en vano calmarlos—. Imagínate cómo se comportarían esos malnacidos si alguna vez echaran mano a una pepita de oro.

Milde no necesitaba imaginárselo. Lo había visto y no atesoraba el recuerdo.

—Los hombres no necesitan gran cosa para comportarse como animales.

—Ni las mujeres —señaló Langor.

Milde entornó los ojos.

—¿Y por qué me miras a mí? —preguntó.

—Porque siempre te tengo en mente.

—No estoy segura de querer estar tan cerca de tu cara.

Langor rio mostrando unos dientes como lápidas y luego le pasó la botella.

—¿Por qué no te has agenciado un hombre, Milde?

—Los hombres no me gustan demasiado, supongo.

—A ti nadie te gusta demasiado.

—Empezaron ellos.

—¿Todos?

—Los suficientes.

Milde restregó el gollete de la botella con la manga y se aseguró de tomar solo un sorbito. Sabía lo poco que le costaría pasar del sorbito al trago, y del trago a la botella, y de la botella a despertar oliendo a meado con una pierna metida en un charco. Había gente que contaba con ella y estaba harta de decepcionarla.

Por fin habían separado a los hombres que forcejeaban, pero ambos seguían insultándose cada cual en su propio idioma, y ninguno entendía los detalles, pero ambos captaban el sentido general. Al parecer, el pico había desaparecido durante la trifulca, seguramente escamoteado por otro aventurero más astuto mientras todo el mundo miraba hacia otro lado.

—El oro sin duda vuelve locos a los hombres —murmuró Langor, con la languidez que insinuaba su nombre—. Pero si el suelo se abriese para ofrecerme un buen botín, no creo que rechazara una o dos pepitas.

Milde pensó en la granja y en todas las faenas que quedaban por hacer y en el tiempo que no tenía para hacerlas, y frotó los pulgares ásperos con los índices mordisqueados. Durante un brevísimo instante, una excursión por las colinas no le pareció una idea tan descabellada, al fin y al cabo. ¿Y si era cierto que había oro en ellas, desperdigado por el lecho de un arroyo en valiosísima abundancia, anhelando el beso de las inquietas yemas de sus dedos? Milde Sur, la mujer más afortunada de las Tierras Cercanas, la que...

—Ja. —Ahuyentó el pensamiento como a una mosca molesta. Las grandes esperanzas eran un lujo que no podía permitirse—. Te digo por experiencia que la tierra no va a darte nada porque sí. Es igual de tacaña que todos nosotros.

—¿Tienes mucha, entonces?

—¿Eh?

—Experiencia.

Milde le guiñó el ojo mientras le devolvía la botella.

—Más de la que te puedas imaginar, viejo.

Mucha más que la mayoría de los pioneros, eso seguro. Milde negó con la cabeza al observar el último grupo que pasaba: personajes ilustres de la Unión, a juzgar por su aspecto, vestidos más para una merienda campestre que para recorrer trabajosamente centenas de kilómetros vacíos y sin ley. Gente que, en vez de quedarse satisfecha con la vida cómoda que había llevado hasta entonces, decidía de pronto lanzarse a cualquier oportunidad de apoderarse de más. Milde se preguntó cuánto tardarían en regresar cojeando, blanquecinos y sin blanca. Eso si regresaban.

—¿Dónde está Arroyo? —preguntó Langor.

—En la granja, cuidando de mi hermano y mi hermana.

—Llevo tiempo sin verlo.

—El que lleva él sin venir por aquí. Dice que le duele todo cuando va en carro.

—Se está haciendo viejo. Nos pasa a todos. Cuando vuelvas, dile que lo echo de menos.

—Si hubiera venido, habría dejado seca de un trago esa botella tuya y ahora estarías cagándote en todos sus muertos.

—Seguro. —Langor suspiró—. Así son las cosas que echas de menos.

Para entonces, Lechal ya vadeaba a contracorriente por la calle atestada, su cabellera entrecana destacaba sobre las cabezas de alrededor pese a lo encorvado que iba, sus robustos hombros un poco más apesadumbrados de lo habitual.

—¿Cuánto has sacado? —preguntó ella, saltando del carro.

Lechal hizo una mueca, como si supiera lo que venía.

—¿Veintisiete? —dijo, y su voz retumbante se agudizó al final en tono interrogativo, aunque lo que preguntaba en realidad era: «¿La he cagado mucho?».

Milde meneó la cabeza, apretando la lengua contra un carrillo, dándole a entender que la cagada era entre media y grave.

—Lechal, menudo puto cobarde estás hecho. —Dio una palmada a una de las sacas llenas de grano y levantó una pequeña nube de polvo—. No he perdido dos días trayendo esto aquí arriba para regalarlo ahora.

Lechal hizo otra mueca que le arrugó la cara de barba gris alrededor de las viejas cicatrices y las líneas de expresión, todo ello curtido y mugriento.

—No soy bueno regateando, Milde, ya lo sabes.

—¿Y quieres recordarme en qué eres bueno? ¿Además de cargar con los sacos? —le espetó ella por encima del hombro mientras se encaminaba a zancadas hacia El Cambio de Cieno. Dejó que un rebaño de cabras moteadas pasara balando y se internó de costado en el gentío.

—Bueno, ya es algo, ¿no? —murmuró él.

La tienda estaba incluso más ajetreada que la calle y olía a serrín, a especias y a cuerpos sudorosos de trabajadores muy hacinados. Milde tuvo que abrirse paso a empujones entre un contable y un sureño más negro que el carbón que intentaba hacerse entender en un idioma que ella no había oído nunca, luego rodeó una palan-gana que colgaba de las traviesas bajas y que un codazo descuidado había hecho balancearse, y dejó atrás a un fantasma ceñudo que llevaba el pelo rojo entrelazado con ramitas que aún tenían las ho-

jas y todo. Tanta gente apresurándose hacia el oeste significaba dinero que ganar, y ¡ay del comerciante que intentara interponerse entre Milde y su parte del negocio!

—¿Cieno? —llamó a voz en grito, sabiendo que susurrar no serviría de nada—. ¡Cieno!

El mercader alzó la mirada torciendo el gesto, sorprendido en pleno acto de pesar harina en el platillo de una enorme balanza.

—Milde Sur en Tratojusto. Debe de ser mi día de suerte.

—Eso parece, sí. ¡Tienes el pueblo lleno de pardillos a los que estafar!

Dio un poco de brío a esa última palabra e hizo que varias cabezas se volvieran mientras Cieno ponía los gruesos brazos en jarras.

—Aquí nadie estafa a nadie —declaró.

—No mientras yo les tenga un ojo echado a los números.

—Milde, tu padre y yo hemos acordado veintisiete.

—Sabes que no es mi padre. Y sabes que aquí no se acuerda ni una mierda hasta que la acuerde yo.

Cieno alzó una ceja hacia Lechal. El nortño bajó los ojos al suelo y se echó hacia un lado como si estuviera intentando desaparecer y fracasando por completo. Por muy corpulento que fuese Lechal, tenía el ojo flojucho y se lo bajaban como de una bofetada con solo sostenerle la mirada. Podía ser un hombre cariñoso y muy trabajador, y había sido un buen sustituto de padre para Ro y Pozo, y para Milde también, en la medida en que ella se lo había permitido. Era un hombre bastante bueno, pero, por los muertos, menudo cobarde estaba hecho.

Milde se avergonzó por él y se avergonzó de él, y eso la cabreó. Clavó el dedo en el rostro de Cieno como si fuese un puñal desenfundado que no tuviese reparos en utilizar.

—¡Tratojusto, vaya nombrecito para un pueblo en el que tú hagas negocio! El año pasado pagabas veintiocho, y entonces no tenías ni la cuarta parte de los clientes de ahora. Te cobraré treinta y ocho.

—¿Cómo? —La voz de Cieno sonó incluso más aguda de lo que ella había esperado—. ¿Qué traes, grano dorado?

—Exacto. De la mejor calidad. Trillado con mis propias manos llenas de putas ampollas.

—Y las mías —añadió Lechal.

—Chist —dijo Milde—. Te cobro treinta y ocho y no pienso bajar de ahí.

—¡Lo dices como si estuvieras haciéndome un favor! —rugió Cieno mientras su gorda cara se llenaba de furiosas arrugas—. Porque quería a tu madre, te doy veintinueve.

—Tú nunca has querido a nadie ni nada que no sea tu monedero. Como no llegues a treinta y ocho, prefiero plantarme delante de tu tienda y ofrecerle la mercancía a toda esta gente que pasa por un poquito menos de tu precio.

Él sabía que Milde lo haría, aunque perdiese dinero. Nunca había que hacer una amenaza a no ser que estuvieras al menos medio segura de ir a cumplirla.

—Treinta y uno —dijo él con voz áspera.

—Treinta y cinco.

—¡Estás haciendo perder el tiempo a esta buena gente, zorra egoísta!

En realidad, Milde estaba advirtiendo a esa buena gente del sobreprecio que Cieno estaba sacándoles, y tarde o temprano se darían cuenta.

—Son todos escoria y les haré perder el tiempo hasta que Juvens vuelva de la tierra de los muertos, con tal de vender a treinta y cinco.

—Treinta y dos.

—Treinta y cinco.

—Treinta y tres y, ya que estás, ¡iquéname la tienda de camino hacia la calle!

—No me tientes, gordinflón. Treinta y tres, pero me llevo un par de esas palas nuevas y pienso para los bueyes. Comen casi tanto como tú.

Milde se escupió en la palma de la mano y se la tendió. Cieno movió la boca con amargura, pero se escupió de todos modos y estrecharon la mano.

—Tu madre era igual de horrible —dijo.

—Yo no la soportaba. —Milde se abrió paso a codazos hacia la puerta, dejando que Cieno se desahogara con el siguiente comprador—. No era tan difícil, ¿verdad? —añadió mientras miraba por encima del hombro a Lechal.

El viejo y enorme norteño se frotó la muesca que tenía en una oreja.

—Creo que preferiría haberlo dejado en veintisiete.

—Eso es porque eres un puto cobarde. Puestos a hacer algo, mejor es no demorarlo que vivir temiéndolo. ¿No era eso lo que me decías siempre?

—El tiempo me ha enseñado los inconvenientes de ese consejo —murmuró Lechal, pero Milde estaba demasiado ocupada felicitándose a sí misma.

Treinta y tres era buen precio. Milde había echado las cuentas y sabía que, cobrando treinta y tres, quedaría algo para los libros de Ro después de arreglar las goteras del granero y comprar una pareja de cerdos de cría con los que reemplazar a los sacrificados durante el invierno. Quizá pudieran estirarlo para comprar un poco de simiente e intentar recuperar el terreno donde cultivaban repollos. Sonrió de oreja a oreja al pensar en todo lo que podría arreglar con ese dinero, en lo que podría construir.

«No necesitas grandes sueños —solía decirle su madre en sus raros momentos de buen humor—. Con uno pequeño basta».

—Descarguemos los sacos —dijo Milde.

Quizá los años no pasaran en balde para Lechal, y quizá fuese lento como una vaca vieja consentida, pero estaba igual de fuerte que siempre. Ningún peso podía doblegarlo. Milde solo tuvo que subirse a la carreta y cargar los sacos uno a uno sobre sus hombros mientras él permanecía allí plantado, quejándose menos por el peso que el mismo carro. Luego Lechal los llevaba como si nada, de cuatro en cuatro, y los iba amontonando en el patio de Cieno como si estuviesen llenos de plumas. Aunque Milde solo pesara la mitad que él, era veinticinco años más joven y tenía el trabajo más ligero, y aun así, al poco rato ya estaba sudando la gota gorda, con la ca-

misa pegada a la espalda y el pelo a la cara, los brazos irritados en rosa por la arpillera y espolvoreados de blanco por el grano, la lengua encajada entre el hueco entre sus dientes mientras maldecía sin parar.

Lechal la miró con dos sacos en un hombro y un tercero en el otro, casi sin jadear, mientras aquellas profundas líneas de expresión se le marcaban en la comisura de los ojos.

—Milde, ¿necesitas un descanso?

—Un descanso de tus quejas —contestó ella, mirándole.

—Puedo colocar unos sacos de estos y prepararte una camita. A lo mejor hay una manta ahí detrás. Hasta puedo cantarte nanas, como hacía cuando eras joven.

—Aún soy joven.

—Ya no tanto. A veces recuerdo a aquella niña que me sonreía.

—Lechal miró a lo lejos y meneó la cabeza—. ¿En qué nos equivocáramos tu madre y yo?

—¿Ella en morirse y tú en no servir para nada?

Milde levantó el último saco que quedaba y lo dejó caer sobre el hombro de Lechal desde tan alto como pudo. Lechal se limitó a sonreír y levantar la mano para sujetarlo.

—Igual sí que es eso —dijo.

Mientras se volvía, estuvo a punto de chocar con otro nortño, tan enorme como él y con mucha más pinta de cabronazo. El hombre comenzó a gruñir una palabrota, pero se detuvo a medias. Lechal siguió caminando, con la cabeza gacha, como la ponía siempre al menor atisbo de problemas. El nortño miró enfadado a Milde.

—¿Qué? —espetó ella, sosteniéndole la mirada.

El hombre miró de nuevo a Lechal, ceñudo, y luego se marchó rascándose la barba.

Las sombras ya se alargaban y las nubes adquirirían un tono rosáceo en el oeste cuando Milde soltó el último saco bajo la cara sonriente de Cieno, quien le tendió el dinero en una bolsa de cuero que oscilaba, colgada de su grueso dedo índice por el cordón. Milde se irguió, se secó la frente con el dorso de un guante, abrió la bolsa y miró dentro.

—¿Está todo?

—No voy a robarte.

—Ya te digo yo que no.

Milde se puso a contarle. «Es fácil distinguir a un ladrón —solía decir su madre— por el recelo con que cuida su propio dinero».

—¿Debería ponerme yo a registrar todos los sacos, para asegurarme de que contienen grano y no mierda?

Milde dio un bufido.

—Si fuese mierda, ¿dejarías de venderla?

El mercader suspiró.

—Haz lo que te dé la gana.

—Eso haré.

—Es lo que suele pasar —terció Lechal.

Hubo un silencio, roto solo por el tintineo de las monedas y el runrún de los números en la cabeza de Milde.

—He oído que Glama Dorado ganó otro combate en el foso que hay cerca de Masgrís —dijo Cieno—. Es el hijoputa más duro de todas las Tierras Cercanas, y eso que no faltan los hijoputas duros. Habría que estar loco para apostar contra él, por muy bien que se pague. Habría que estar loco para pelear contra él.

—Supongo —murmuró Lechal, que siempre hablaba poco cuando el tema era la violencia.

—Cuentan que le dio tal paliza al viejo Oso Rechoncho que las tripas se le salieron por el culo.

—¿Y así es como os entretenéis? —preguntó Milde.

—Es mejor que cagar tus propias tripas.

—No es una gran crítica del espectáculo.

Cieno se encogió de hombros.

—Las he oído peores. ¿Os habéis enterado de la batalla que hubo cerca de Rostod?

—Algo he oído —dijo ella entre dientes, intentando no perder la cuenta.

—Se ve que los rebeldes han vuelto a recibir. Fuerte, esta vez. Se han dado todos a la fuga. Los que la Inquisición no capturó.

—Pobres desgraciados —dijo Lechal.

Milde dejó de hacer cuentas un instante y luego prosiguió. Había un montón de pobres desgraciados por ahí, pero no todos podían ser problema suyo. Bastante tenía ella con sus dos hermanos, por no hablar de Lechal, Arroyo y la granja, para encima tener que llorar por las desgracias que se buscaban los demás.

—A lo mejor intentan plantar cara allí arriba, en Mulkova, pero no creo que aguanten mucho tiempo. —Cieno dio un paso atrás e hizo chirriar la valla al apoyarle su fofa masa, con las manos bajo los sobacos y los pulgares sobresaliendo hacia arriba—. La guerra se acabó, si es que podía llamarse guerra, y ahora hay un montón de gente expulsada de sus tierras. Expulsada, o que se la han quemado, o que ha perdido todo lo que tenía. Los pasos están abiertos y ya llegan mercancías. De pronto, esto se ha llenado de gente que busca fortuna en el oeste. —Señaló el polvoriento caos de la calle, que aún bullía de actividad pese al ocaso—. Esto solo son las primeras gotas. Viene una inundación.

Lechal se sorbió la nariz.

—Lo más seguro —dijo— es que tarden poco en descubrir que las montañas no son un pedazo enorme de oro y la inundación se vuelva para el otro lado.

—Algunos volverán. Otros echarán raíces. Y la Unión llegará después. Por muchas tierras que tengan, siempre quieren más, y después de ese hallazgo en el oeste, olerán dinero. Ese cabronazo desalmado de Sarmis sigue en la frontera y agita la espada por el Imperio, pero siempre está agitando la espada. No va a parar la marea, me parece a mí. —Cieno dio un paso hacia Milde y bajó la voz, como si fuese a compartir con ella un secreto—. He oído decir que ya han llegado a Hormring agentes unionistas hablando de anexión.

—¿Están sobornando a la gente?

—Llevarán una moneda en una mano, sí, pero también una espada en la otra. Es lo que hacen siempre. Deberíamos pensar cómo vamos a jugar esta mano si vienen a Tratojusto. Los que llevamos un tiempo en el pueblo deberíamos ponernos de acuerdo.

—No me interesa la política —dijo Milde, a quien no le interesaba nada que pudiese darle problemas.

—Ni a casi nadie de aquí —repuso Cieno—, pero a veces la política sí que se interesa por nosotros de todos modos. La Unión llegará y traerá la ley consigo.

—La ley no parece algo tan malo —mintió Milde.

—Puede que no. Pero los impuestos siguen a la ley tan de prisa como la carreta al burro.

—Los impuestos sí que no me entusiasman mucho.

—Solo son una manera sofisticada de robar a la gente, ¿no te parece? Yo prefiero que me ataque un ladrón honrado, con antifaz y puñal, que un cabrón sin sangre de esos con lápiz y papel.

—No sabría decirte —murmuró Milde.

Nadie a quien ella hubiera robado había dado muestras de estar muy encantado con la experiencia, y unos mucho menos que otros. Dejó que las monedas se deslizaran de vuelta al interior de la bolsa y apretó el cordel.

—¿Te salen las cuentas? —preguntó Cieno—. ¿Falta algo?

—Esta vez no. Pero creo que seguiré sin bajar la guardia.

El mercader sonrió.

—No esperaba menos.

Milde llevó al mostrador unas cosas que necesitaban: sal, vinagre, un poco de azúcar, ya que no siempre había, un pedazo de cecina y media bolsa de clavos, que dio pie a Cieno para hacer el predecible chiste de para qué quería clavos, con lo pinchuda que era ya. Eso dio pie a la propia Milde para hacer el predecible chiste de que eran para clavarle los huevos a la pierna, lo cual dio pie a Lechal para hacer el predecible chiste de que Cieno tenía los huevos tan pequeños que igual Milde no podía clavarlos a nada. Todos soltaron risitas por el agudo ingenio de los demás.

Milde estuvo a punto de dejarse llevar y comprarle una camisa nueva a Pozo, que no podían permitirse con o sin rebaja, pero Lechal le dio una palmadita en el hombro con la mano enguantada, y Milde compró hilo y agujas para hacerle a Pozo una camisa a partir de alguna vieja de Lechal. Aquel chico era tan esmirriado que de una sola de Lechal saldrían hasta cinco para él. Las agujas eran de un tipo nuevo; según Cieno, las troquelaban a cientos en Adua con una má-

quina. Milde sonrió al pensar en lo que opinaría Arroyo de aquello, en cómo negaría con la canosa cabeza al verlas y diría: «¿Agujas hechas a máquina? A saber qué será lo próximo que inventen», y en cómo Ro les daría vueltas y más vueltas entre sus ágiles dedos, con el ceño fruncido, mientras deducía cómo las habían fabricado.

Milde se paró un momento delante de los licores y se lamió los labios al ver el resplandor ambarino del cristal en la penumbra, pero se obligó a pasar de largo, regateó con Cieno más fuerte que nunca por las cosas que se llevaba y por fin terminaron.

—¡No vuelvas nunca más a esta tienda, furcia loca! —le gritó el comerciante mientras ella subía al pescante de la carreta junto a Lechal—. ¡Casi me arruinas!

—¿La temporada que viene?

Él se despidió con un gesto de la mano regordeta mientras devolvía la atención a sus clientes.

—Sí, entonces nos vemos.

Milde fue a quitar el freno y casi puso la mano en la barba del norteño con el que Lechal había topado antes. Estaba justo al lado de la carreta, frunciendo el ceño como si intentase recuperar algún recuerdo neblinoso, con los pulgares metidos en el cinto de la espada, con la empuñadura, grande y sencilla, cerca de la mano. Tenía cierto aire hosco y una cicatriz que le nacía cerca de un ojo y serpenteaba a través de su barba hirsuta. Milde puso buena cara mientras desenfundaba con disimulo su cuchillo y le daba la vuelta para ocultar la hoja tras el brazo. Mejor tener acero en la mano y no encontrar problemas que encontrarte en problemas sin acero en la mano.

El norteño dijo algo en su idioma. Lechal se encogió un poco más en el pescante, sin volverse para mirarlo siquiera. El desconocido insistió. Lechal masculló algo en respuesta, chasqueó las riendas y la carreta se puso en movimiento, bamboleando a Milde con la sacudida de las ruedas. Milde lanzó una rápida mirada atrás cuando hubieron recorrido unos pasos por los baches de la calle. El norteño seguía de pie entre el polvo que acababan de levantar, mirándolos con cara de pocos amigos.

—¿Qué quería?

—Nada.

Milde volvió a envainar el cuchillo, subió una bota a la barandilla, se reclinó y bajó el ala del sombrero para resguardarse los ojos del sol poniente.

—El mundo está hasta arriba de gente rara, eso desde luego. Como pierdas el tiempo en preguntarte qué piensan, no harás otra cosa en la vida.

Lechal estaba más encorvado que nunca, como si intentase desaparecer dentro de su propio pecho.

Milde dio un bufido.

—Menudo puto cobarde estás hecho.

Él la miró de reojo y luego volvió la vista al frente.

—Se puede ser cosas peores.

Reían cuando coronaron la cuesta traqueteando, y el pequeño y somero valle se abrió ante ellos. Era por algo que había dicho Lechal. Le había mejorado el humor al salir del pueblo, como de costumbre. Las multitudes lo incomodaban.

Además de eso, a Milde también la había alegrado subir por aquel sendero, que apenas era más que dos roderas borrosas entre la hierba crecida. En su juventud había pasado ratos muy negros, negros como la medianoche, cuando creía que iban a matarla al raso y dejar que se pudriera allí mismo, o a atraparla, ahorcarla y echarla a los perros sin enterrar. Más de una vez, sudorosa y aterrizada en plena noche, se había jurado agradecer cada momento de su vida si el destino le daba la ocasión de recorrer otra vez aquel camino tan poco extraordinario. Esa gratitud eterna no había llegado, pero así eran las promesas. De todos modos, se sintió un poco más animada mientras el carro la llevaba hacia casa.

Entonces vieron la granja, y la risa se le atragantó. Guardaron silencio mientras, en torno a ellos, el viento mecía la hierba a trompicones. Milde no podía respirar, no podía hablar, no podía pensar, notaba las venas repletas de agua helada. Entonces bajó de la carreta y echó a correr.

—¡Milde! —rugió Lechal a su espalda.

Pero Milde apenas lo oyó, con la cabeza llena de su propia respiración entrecortada mientras bajaba la pendiente a la carrera, y la tierra y el cielo se sacudían a su alrededor. Cruzó los rastros del campo que habían segado hacía menos de una semana. Por encima de la valla, caída y pisoteada, y de las plumas de gallina aplastadas en el barro.

Llegó al patio, o a lo que había sido el patio, y se detuvo, impotente. La casa era un amasijo de vigas chamuscadas y escombros, sin nada más en pie que la tambaleante chimenea. No había humo. La lluvia debía de haber apagado el incendio hacía uno o dos días. Pero todo había ardido. Milde recorrió un lado del ennegrecido granero, gimiendo, con los ojos llenos de lágrimas.

Arroyo estaba colgado del gran árbol de atrás. Lo habían ahorcado encima de la tumba de la madre de Milde, y habían derribado su lápida de una patada. Arroyo estaba acribillado de flechas. Quizá una docena, quizá más.

Milde sintió como si le dieran una patada en la tripa y se dobló por la cintura, se abrazó a sí misma y gimió. El árbol gimió con ella cuando el viento agitó sus hojas e hizo que el cadáver de Arroyo se meciera un poco. Pobre desgraciado, viejo e inofensivo. Se había despedido de Milde a voz en grito mientras la carreta partía traqueteando. Le había dicho que tranquila, que él cuidaría de los niños, y ella se había reído y le había replicado que tranquilo, que los niños cuidarían de él. Ya no veía nada por el dolor de los ojos y el picor del viento, y se abrazó más fuerte, sintiendo un repentino frío tan intenso que nada podría calentarla jamás.

Oyó las pesadas botas de Lechal acercarse rápido hasta ella, luego perder velocidad, luego seguir con paso firme hasta llegar a su lado.

—¿Dónde están los niños?

Buscaron por toda la casa y en el granero. Despacio y sin parar y entumecidos, sobre todo. Lechal apartó las vigas quemadas mientras Milde escarbaba en las cenizas, segura de que revelarían los huesos de Pozo y de Ro. Pero los niños no estaban en la casa. Ni

en el granero. Ni en el patio. Siguió más desbocada, intentando sofocar el miedo, y más frenética, intentando sofocar la esperanza, mirando por la hierba y escarbando entre los escombros, pero lo más cerca que estuvo Milde de encontrar a sus hermanos fueron el caballo de juguete chamuscado que Lechal había tallado para Pozo hacía años y las páginas quemadas de algunos libros de Ro, que dejó que se le escurrieran entre los dedos.

Los niños habían desaparecido.

Milde se quedó allí de pie, contemplando el viento. Tenía el dorso de una mano arañada contra la boca, y el pecho le subía y le bajaba como un fuelle. Solo podía pensar en una cosa.

—Los han raptado —graznó.

Lechal se limitó a asentir, con la barba entrecana y el pelo entrecano surcados de hollín.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Milde se limpió las manos ennegrecidas en la parte delantera de la camisa y las cerró con fuerza.

—Hay que ir tras ellos.

—Sí.

Se agachó en el césped ralo que rodeaba el árbol. Se restregó la nariz y los ojos. Siguió las huellas hasta otra zona pisoteada. Encontró una botella vacía medio enterrada en el barro y la lanzó lejos. No habían hecho nada para borrar su rastro. Había huellas de caballo por todas partes que rodeaban los edificios en ruinas.

—Diría que fueron unos veinte. Pero igual tenían unos cuarenta caballos. Dejaron las monturas de refresco aquí.

—¿Para llevarse a los niños, a lo mejor?

—¿Para llevárselos dónde?

Lechal se limitó a negar con la cabeza.

Ella siguió hablando, ansiosa por decir cualquier cosa que llenara el vacío. Ansiosa por ponerse a trabajar en cualquier cosa que le evitara pensar.

—Por lo que me parece a mí, llegaron desde el oeste y salieron hacia el sur. Se fueron a toda prisa.

—Voy a por las palas. Enterraremos a Arroyo.

Lo hicieron rápido. Milde se subió al árbol, conocedora de todos los asideros y puntos de apoyo para los pies. Solía trepar por ese árbol hacía mucho tiempo, antes de que llegara Lechal, mientras su madre miraba y Arroyo aplaudía, y ahora su madre estaba enterrada debajo y Arroyo colgaba de él. Milde sabía que, en cierto modo, era culpa suya: nadie enterraba un pasado como el suyo y se iba de rositas.

Cortó la cuerda, partió las flechas y le alisó el pelo ensangrentado mientras Lechal cavaba un agujero junto a la tumba de su madre. Milde cerró sus abultados ojos y le puso la mano en la mejilla, que encontró fría. Qué menudo parecía, y qué delgado. Quiso ponerle un abrigo, pero no había ninguno a mano. Lechal lo bajó a la tumba con un abrazo desmañado y luego llenaron la fosa entre los dos. Volvieron a poner derecha la lápida de su madre y pisotearon la hierba revuelta a su alrededor mientras el frío viento levantaba cenizas en motas negras y grises que cruzaban el terreno para perderse en la nada.

—¿No deberíamos decir unas palabras? —preguntó Milde.

—No tengo nada que decir.

Lechal subió al pescante de la carreta. Aún les quedaba casi una hora de luz.

—No vamos a ir en ese armatoste —dijo Milde—. Puedo correr más deprisa que esos putos bueyes.

—Pero no durante más tiempo ni cargada con utensilios, y no ganaremos nada precipitándonos. ¿Qué nos llevan, dos o tres días de ventaja? Irán al galope. ¿Veinte hombres, dices? Hay que ser realista, Milde.

—¿Realista? —susurró ella, incrédula.

—Supón que los perseguimos a pie, y que no morimos de hambre ni se nos lleva el agua en una tormenta, y supón que los alcanzamos. ¿Qué haremos entonces? Ni siquiera vamos armados. Solo llevamos ese cuchillo tuyo. No. Seguiremos su rastro lo más deprisa que Scale y Calder puedan llevarnos. —Señaló con la cabeza a los bueyes, que aprovechaban el descanso para pastar un poco—.

Veremos si podemos separar a uno o dos del grupo. Averiguar qué pretenden.

—¡Está muy claro lo que pretenden! —replicó ella señalando a la tumba de Arroyo—. ¿Y qué les pasará a Ro y a Pozo mientras nosotros seguimos su puto rastro?

Terminó la frase chillándole, partiendo el silencio con su voz y haciendo que dos esperanzados cuervos echaran a volar desde las ramas del árbol. La comisura de la boca de Lechal se contrajo, pero no se volvió a mirarla.

—Seguiremos su rastro. —Lo dijo como si ya fuese un plan acordado—. A lo mejor podemos arreglarlo hablando. Pagar un rescate.

—¿Un rescate? ¿Te queman la granja, ahorcan a tu amigo, se llevan a tus niños y tú quieres pagarles, encima? ¡Qué puto cobarde estás hecho!

Él siguió sin mirarla.

—A veces un cobarde es lo que necesitas. —Su voz era áspera. Le raspaba la garganta—. Ningún derramamiento de sangre va a devolverte la granja ni a evitar que ahorquen a Arroyo tampoco. Eso ya no tiene remedio. Lo mejor que podemos hacer es recuperar a los pequeños de cualquier forma posible. Recuperarlos sanos y salvos. —Esa vez, la contracción empezó en la boca y correteó mejilla arriba entre las cicatrices hasta el rabillo del ojo—. Después, veremos.

Milde echó una última mirada mientras avanzaban lentamente hacia el ocaso. Su hogar. Sus esperanzas. Cómo podían cambiar las cosas de un día para otro. Nada quedaba, salvo unas cuantas vigas quemadas que apuntaban hacia el cielo rosado. No necesitaba grandes sueños. Sintió que había caído más bajo que nunca en la vida, y eso que había estado en sitios malos, oscuros e infectos. De pronto, apenas tenía fuerzas para mantener la cabeza erguida.

—¿Por qué tuvieron que quemarlo todo? —preguntó con un susurro.

—A algunos hombres les gusta quemar, no hay más —respondió Lechal.

Milde miró hacia él y encontró el perfil de su ajado y fruncido ceño bajo su sombrero raído, y el moribundo sol centelleando en

un ojo, y pensó en lo raro que era que pudiese estar tan calmado. Un hombre que no tenía agallas para regatear, pero que pensaba con lógica en muertos y en secuestros. Que era realista sobre el final de todo por lo que habían trabajado.

—¿Cómo puedes seguir tan tranquilo? —le preguntó en voz baja—. Es... es como si ya supieras que venía.

Él siguió sin mirarla.

—Siempre viene.

El camino fácil

—He sufrido muchas decepciones. —Nicomio Cosca, capitán general de la Compañía de la Mano Clemente, se reclinó envarado, apoyándose en un codo mientras hablaba—. Supongo que todos los grandes hombres se enfrentan a ellas. Abandonan los sueños malogrados por la traición y encuentran otros nuevos que perseguir. —Frunció el ceño hacia Mulkova y las columnas de humo que se elevaban desde la ciudad quemada sobre el azul del cielo—. Y yo he abandonado muchísimos sueños.

—Debió de hacer falta un coraje tremendo —dijo Sworbreck, cuyos anteojos brillaron un instante cuando levantó la vista de sus notas.

—¡En efecto! Ya he perdido la cuenta de todas las veces en que, de manera prematura, tal o cual enemigo optimista me declaró muerto. Cuarenta años de dificultades, esfuerzos, desafíos, traiciones. Si vives lo suficiente... acabas viéndolo todo arruinado. —Cosca espabiló de su ensoñación—. ¡Pero no ha sido aburrido, al menos! Menudas aventuras a lo largo del camino, ¿eh, Temple?

Temple hizo una mueca. Había sido testigo de cinco años de miedo esporádico, aburrimiento constante, diarrea intermitente, fracaso en evitar la peste y éxito en evitar el combate como si fuese la peste. Pero no le pagaban por la verdad. Ni mucho menos.

—Heroicas —dijo.

—Temple es mi notario. Redacta los contratos y hace que se cumplan. Uno de los cabrones más listos que he conocido en la vida. ¿Cuántos idiomas hablas, Temple?

—Con fluidez, no más de seis.

—¡El hombre más importante de toda la maldita compañía! Aparte de mí, por supuesto. —Un vientecillo barrió la falda de la colina y revolvió el ralo pelo canoso en el cuero cabelludo de Cosca, lleno de manchas de la edad—. ¡Qué ganas tengo de contarte mis historias, Sworbreck! —Temple reprimió otra mueca de repulsión—. ¡El Asedio de Dagoska! —Que acabó en un completo desastre—. ¡La Batalla de Afieri! —Una debacle vergonzosa—. ¡Los Años de Sangre! —La gente cambiaba de bando como de chaqueta—. ¡La campaña de Kadir! —Un fiasco alcoholizado—. Hasta tuve una cebra durante varios años. Una bestia de lo más tozuda, pero leal, eso tengo que reconocérselo.

Sworbreck llevó a cabo el nada desdeñable logro de hacer una inclinación servil estando sentado con las piernas cruzadas contra una loseta de mampostería derrumbada.

—No me cabe duda —dijo— de que mis lectores se estremecerán con vuestras hazañas.

—¡Dan para veinte volúmenes!

—Tres serán una más cifra más que adecuada para...

—Una vez fui gran duque de Visserine, ¿sabes? —Cosca eximió con un gesto de la mano a los presentes de unas reverencias que, de hecho, no habían pretendido hacer—. Tranquilo, no es necesario que me llames excelencia. Aquí en la Compañía de la Mano Clemente todos somos muy informales, ¿verdad, Temple?

Temple inhaló una larga bocanada.

—Todos somos muy informales —dijo.

La mayoría eran unos mentirosos, todos eran unos ladrones y algunos eran unos asesinos. La informalidad tampoco era un rasgo sorprendente.

—El sargento Amistoso lleva conmigo incluso más tiempo que Temple, desde que depusimos al gran duque Orso y colocamos a Monzcarro Murcatto en el trono de Talins.

Sworbreck levantó la mirada.

—¿Conocéis a la gran duquesa?

—Somos íntimos. No creo estar exagerando al afirmar que fui su gran amigo y mentor. ¡Le salvé la vida en el asedio de Muris, y ella la mía! Su ascenso al poder es otra historia que pretendo contarte a su debido tiempo, una noble empresa. Hay muy pocas, poquísimas personas de calidad con o contra las que yo no haya luchado en una u otra ocasión. ¿Sargento Amistoso?

El sargento, que carecía de cuello, levantó la mirada en un rostro como una lápida en blanco.

—¿Qué opinas del tiempo que has pasado conmigo? —le preguntó Cosca.

—Prefería la cárcel —dijo el sargento, y siguió tirando los dados, actividad en la que podía ocuparse por completo durante horas enteras.

—¡Menudo bromista está hecho! —Cosca meneó un dedo huesudo en su dirección, aunque no había ni la menor evidencia de una broma. En cinco años, Temple jamás había oído al sargento Amistoso contar chistes—. ¡Sworbreck, descubrirás que esta compañía rebosa de humor y diversión!

Por no hablar de las disputas enconadas, la rigurosa holgazanería, la violencia, las enfermedades, los saqueos, la traición, la ebriedad y un libertinaje capaz de sonrojar incluso a un diablo.

—Estos cinco años —dijo Temple— casi no he podido parar de reírme.

Hubo una época en que las historias que contaba el Viejo le habían parecido hilarantes, encantadoras, emotivas. Un mágico atisbo de lo que era vivir sin miedo. Pero, de un tiempo a esa parte, habían pasado a asquearlo. Costaba saber si Temple había descubierto la verdad o si Cosca la había olvidado. Quizá un poco de ambas cosas.

—Sí, ha sido toda una carrera. Muchos momentos de orgullo. Muchos triunfos. Pero también derrotas. Todo gran hombre las tiene. Los remordimientos son el precio de este negocio, solía decir Sazine. La gente me acusa con frecuencia de ser inconsistente, pero yo creo que siempre, ante cualquier coyuntura, he hecho lo mismo:

exactamente lo que me apetecía. —Dado que la veleidosa atención del anciano mercenario había vagado de vuelta a las imaginarias glorias de su pasado, Temple empezó a apartarse y rodeó una columna rota—. Tuve una infancia feliz, pero una juventud desenfrenada y repleta de incidentes desagradables. A los diecisiete años abandoné el lugar que me había visto nacer para buscar fortuna con solo mi ingenio, mi coraje y mi fiel espada, que...

El sonido de tanta fanfarronada fue desvaneciéndose, por suerte, a medida que Temple se retiraba ladera abajo y abandonaba las sombras de las antiguas ruinas para salir al sol. Dijera lo que dijera Cosca, allí abajo escaseaban mucho el humor y la diversión.

Temple había presenciado mucha miseria. Había padecido más de la que le correspondía. Pero rara vez había visto gente más miserable que la última hornada de prisioneros de la compañía: una docena de los temibles rebeldes de Starikland desnudos, ensangrentados, mugrientos, con la mirada perdida y encadenados a un poste hincado en el suelo. Costaba imaginarlos como una amenaza para la nación más poderosa del Círculo del Mundo. Costaba imaginarlos como humanos. Solo los tatuajes de sus antebrazos mostraban un último y vano desafío.

«A la mierda la Unión y a la mierda el rey». Así rezaba el tatuaje más próximo, una línea de letras oscuras que iban desde el codo hasta la muñeca. Era una actitud por la que Temple sentía cada vez más afinidad. Estaba empezando a tener la furtiva impresión de haber terminado uniéndose al bando equivocado. Otra vez. Pero no siempre era fácil saberlo al elegir. Quizá, como Kahdia le dijo una vez, uno estaba en el bando equivocado desde el momento en que escogía uno. Pero Temple siempre había observado que la peor parte se la llevaban sin excepción quienes se quedaban atrapados en el medio. Y él estaba harto de llevarse la peor parte.

Sufeen estaba junto a los prisioneros, con una cantimplora vacía en la mano.

—¿Qué haces? —preguntó Temple.

—Malgastar agua —dijo Bermi, que haraganeaba al sol y se rasaba su rubia barba.

—Al contrario —repuso Sufeen—. Intento administrar la piedad de Dios a nuestros prisioneros.

Uno de ellos, desnudo, tenía una herida terrible en un costado. Sus ojos parpadeaban y sus labios vocalizaban órdenes sin propósito o plegarias sin propósito. Cuando una herida empezaba a oler, poca esperanza quedaba ya. Pero las expectativas de los demás prisioneros no eran mucho mejores.

—Si existe Dios, es un estafador lisonjero al que no se le debería confiar nada importante —murmuró Temple—. Lo piadoso sería ejecutarlos.

—Eso es lo que digo yo —convino Bermi.

—Pero eso requeriría coraje. —Sufeen levantó la vaina de su espada, ofreciéndole la empuñadura—. ¿Tú tienes coraje, Temple?

Temple dio un bufido. Sufeen bajó el arma.

—Yo tampoco —dijo—. Por eso les doy agua, y ni siquiera de eso tengo suficiente. ¿Qué está pasando en la cima de la colina?

—Esperamos a nuestros patronos. Y el Viejo alimenta su vanidad.

—Pues ese pedazo de apetito costará saciarlo —dijo Bermi mientras cogía unas margaritas y las lanzaba al aire.

—Y aumenta a cada día que pasa. Rivalizando con los remordimientos de Sufeen.

—No son remordimientos —repuso él, mirando ceñudo a los prisioneros—, sino rectitud. ¿No te lo enseñaron los sacerdotes?

—Nada mejor que una educación religiosa para curar a un hombre de cualquier rectitud —murmuró Temple.

Aún recordaba al haddish Kahdia, impartiendo sus enseñanzas en aquella sala blanca y austera, y a su propio yo más joven burlándose de ellas. Caridad, piedad, altruismo. Que la conciencia era la parte de sí mismo que Dios ponía en cada hombre. Una astilla de lo divino. Una que Temple había tardado largos y azarosos años en arrancarse. Cruzó la mirada con una rebelde, una mujer cuyo pelo enmarañado le caía sobre la cara. La rebelde se abalanzó hacia delante todo lo que le permitieron las cadenas. Temple no habría sabido decir si buscaba el agua o la espada. «¡Agarra tu futuro!»,

exhortaban las palabras grabadas con tinta en su piel. Temple sacó su cantimplora y frunció el ceño mientras la sopesaba.

—¿Qué, algún remordimiento por ahí? —preguntó Sufeen.

Aunque hubiera pasado tiempo desde la última vez que estuvo encadenado, Temple no había olvidado lo que se sentía.

—¿Cuánto tiempo llevas de explorador? —restalló de pronto.

—Dieciocho años.

—Pues ya deberías saber que la conciencia es una mierda de timonel.

—Desde luego, esta zona de aquí no se la conoce —añadió Bermi.

Sufeen abrió los brazos.

—Entonces, ¿quién nos mostrará el camino?

—¡Temple! —llegó el aullido quebrado de Cosca, flotando desde arriba.

—Te llama tu brújula —dijo Sufeen—. Tendrás que darles el agua más tarde.

Temple lanzó la cantimplora hacia Sufeen mientras regresaba colina arriba.

—Dásela tú —dijo—. Después se los llevará la Inquisición.

—Siempre el camino fácil, ¿eh, Temple? —alzó la voz Sufeen desde atrás.

—Siempre —murmuró Temple, que no se disculpaba por ello.

—¡Bienvenidos, caballeros, bienvenidos! —exclamó Cosca.

El capitán general alzó con una floritura su atroz sombrero mientras los ilustres patronos de la compañía se aproximaban, cabalgando en estrecha formación alrededor de un gran carruaje reforzado con planchas metálicas. Aunque el Viejo, gracias a Dios, había dejado de beber otra vez unos meses antes, seguía dando siempre la impresión de estar un poco ebrio. Sus nudosas manos tenían cierto vaivén lacio y ostentoso, sus arrugados párpados cierta indolente caída, sus palabras cierta divagación musical. Eso y que nadie podía estar completamente seguro de lo siguiente que iba a

hacer o a decir. Hubo un tiempo en el que Temple había encontrado emocionante aquella incertidumbre continua, como ver girar la ruleta y preguntarse si saldría su número. Pero últimamente le parecía más bien como encogerse bajo un nubarrón y esperar el relámpago.

—General Cosca —saludó el superior Pike, jefe de la Inquisición de Su Augusta Majestad en Starikland y el hombre más poderoso en ochocientos kilómetros a la redonda, desmontando en primer lugar.

Su rostro estaba quemado hasta lo irreconocible, sus ojos oscuros y ensombrecidos en una máscara moteada de color rosa, la comisura de su boca torcida hacia arriba en lo que podía ser una sonrisa o un efecto del fuego. Una docena de sus enormes practicantes, con ropa y máscara negra y todos erizados de armas, se desplegaron alrededor de las ruinas para montar vigilante guardia.

Cosca sonrió hacia el otro lado del valle, donde la ciudad humeaba, en absoluto intimidado.

—Mulkova arde, por lo que veo.

—Mejor que arda en manos de la Unión que verla prosperar en manos de los rebeldes —dijo el inquisidor Lorsen.

Desmontó también, alto y nervudo, con un brillo fanático en los ojos. Temple se lo envidiaba. Envidiaba esa capacidad de estar convencido de hacer el bien por mucho mal en el que participase.

—Cómo no —dijo Cosca—. ¡Un sentimiento que sin duda comparten todos sus habitantes! Ya conocéis al sargento Amistoso, y este es maese Temple, el notario de mi compañía.

El general Brint fue el último en desmontar, una operación dificultada considerablemente por el hecho de que había perdido la mayoría de un brazo en la Batalla de Osrung, junto con su sentido del humor al completo, y llevaba la manga izquierda de su uniforme carmesí doblada y sujeta al hombro.

—Estás preparado para afrontar desavenencias legales, pues —dijo mientras se ajustaba el cinto y miraba a Temple como si fuese la carreta matutina de apestados.

—Lo segundo que un mercenario necesita es una buena arma.
—Cosca le dio una palmada paternal a Temple en el hombro—. La primera es un buen consejero legal.

—¿Y dónde queda la más inmoral carencia de escrúpulos?

—En el quinto puesto —dijo Temple—, detrás de una mala memoria y un ingenio agudo.

El superior Pike estaba observando a Sworbreck, que aún tomaba notas.

—¿Y en qué os aconseja este otro hombre?

—Este es Spillion Sworbreck, mi biógrafo.

—¡Solo un humilde narrador de historias! —Sworbreck hizo una reverencia extravagante al superior—. Aunque no tengo ningún reparo en confesar que mi prosa ha arrancado lágrimas a más de un hombre adulto.

—¿De gozo o...? —preguntó Temple.

Pero el escritor estaba demasiado atareado en cantar sus propias alabanzas para responder a la pregunta, en caso de haberla oído.

—¡Compongo historias de heroísmo y aventuras para inspirar a los ciudadanos de la Unión! Ahora se distribuyen por doquier, gracias a esa maravilla que es la nueva imprenta de Rimaldi. ¿Habéis oído hablar, tal vez, de mis *Relatos de Harod el Grande* publicados en cinco volúmenes? —Silencio—. ¿En los que resalto el mítico esplendor de los orígenes de la propia Unión? —Silencio—. ¿O de su secuela en ocho volúmenes, *La vida de Casimir, héroe de Angland*? —silencio—. ¿En la que empleo como espejo las antiguas glorias para señalar el colapso moral de los tiempos presentes?

—No —dijo Pike sin que trasluciera ninguna emoción en su rostro quemado.

—¡Haré que os envíen ejemplares, superior!

—Podréis leerlos a los prisioneros hasta obligarlos a confesar —murmuró Temple entre dientes.

—No te molestes —dijo Pike.

—¡No es molestia! ¡El general Cosca me ha permitido acompañarle en esta última campaña mientras me relata los detalles de su

fascinante carrera como soldado de fortuna! ¡Quiero convertirlo en el protagonista de mi obra más célebre hasta la fecha!

El eco de las palabras de Sworbreck se desvaneció en un silencio arrollador.

—Apartad a este hombre de mi presencia —ordenó Pike—. Su manera de expresarse me resulta ofensiva.

Sworbreck desapareció ladera abajo a una velocidad casi temeraria, escoltado por dos practicantes. Cosca prosiguió sin mostrar ni el menor atisbo de vergüenza.

—¡General Brint! —exclamó mientras tomaba la mano que le quedaba al general entre sus dos—. Tengo entendido que albergáis cierta inquietud respecto a nuestra participación en el asalto.

—¡Es su ausencia lo que me indigna! —espetó Brint, zafándose del Viejo.

Cosca hizo un mohín de ofendida inocencia.

—¿Consideráis que hemos hecho corto respecto a nuestras obligaciones contractuales?

—Habéis hecho corto en honor, decencia, profesionalidad...

—No recuerdo ninguna mención a esas cosas en el contrato —intervino Temple.

—¡Se te ha ordenado atacar! ¡Que no lo hicieras les ha costado la vida a varios de mis hombres, entre ellos un amigo personal!

Cosca hizo un gesto indolente con la mano, como si los amigos personales fuesen pequeñeces que no deberían figurar en ninguna conversación adulta.

—Habíamos entablado combate aquí, general Brint, y muy arduo.

—¡Un intercambio de flechas sin sangre!

—Habláis como si hubiera sido preferible un intercambio sangriento. —Temple extendió la mano hacia Amistoso. El sargento sacó el contrato de un bolsillo interior de su casaca—. Cláusula ocho, si no me equivoco. —Encontró la página enseguida y la presentó para su inspección—. Técnicamente, todo intercambio de proyectiles constituye combate. En consecuencia, a cada miembro de la compañía se le debe una gratificación, de hecho.